

FISIOLOGÍA DEL MATRIMONIO

o

MEDITACIONES DE FILOSOFÍA ECLÉCTICA (1)

SOBRE LA FELICIDAD Y LA DESGRACIA CONYUGALES

INTRODUCCIÓN

«El matrimonio no se deriva de la naturaleza.—La familia oriental difiere completamente de la occidental.—El hombre es el ministro de la naturaleza, y la sociedad la modifica.—Las leyes se han hecho para las costumbres, y las costumbres cambian.»

El matrimonio puede, por consiguiente, recibir el perfeccionamiento gradual a que todas las cosas humanas parecen sometidas.

Estas palabras, dichas por Napoleón en el Consejo de Estado, cuando la discusión del Código civil, impresionaron vivamente al autor de este libro; y acaso ellas, sin advertirlo él mismo, le inspiraron la obra que hoy ofrece al público. En efecto, cuando, siendo aún muy joven, estudiaba el Derecho francés, la palabra ADULTERIO le causó impresiones singulares. De inmensa trascendencia en el código, nunca esta palabra apareció en su mente sin llevar en pos de sí cortejo lúgubre. Las lágrimas, las vergüenzas, el odio, el terror, crímenes ocultos, guerras sangrien-

(1) Dase el nombre de ecléctico, palabra que viene del verbo griego *eclego*, escoger, al método empleado por los filósofos, médicos, políticos, etc., que en todos los tiempos han intentado fundir y conciliar los diversos sistemas de sus predecesores o contemporáneos, escogiendo lo que les ha parecido mejor de cada uno, para formar así un cuerpo de doctrina. —(N. del T.)

tas, familias destrozadas, la desgracia, en fin, se personificaban ante él y súbitamente se le aparecían al leer esta voz sacramental: ¡ADULTERIO! Más tarde, llevado a las playas mejor cultivadas de la sociedad, el autor advirtió que la severidad de las leyes conyugales se hallaba, muy generalmente, suavizada por el adulterio. Encontró que la suma de malos matrimonios era superior con mucho a la de bien avenidos. Por último, creyó notar, antes que nadie, que, de todos los conocimientos humanos, el del matrimonio era el que menos había progresado. Pero esta fué una observación de mozo; y en él, como en otros muchos, a semejanza de la piedra que se tira a un lago, se perdió en el abismo de sus tumultuosos pensamientos. No obstante, el autor observó, a pesar suyo; y, poco a poco, se fué formando en su imaginación un enjambre de ideas más o menos justas sobre la índole de las cosas conyugales. Puede que las obras se formen en las almas tan misteriosamente como crecen las trufas en las perfumadas campiñas de Perigord (1). Del primitivo espanto, del santo horror que le causó el adulterio, y de la observación que atolondradamente había hecho, nació un día un pensamiento mínimo donde sus ideas se formularon. Era una burla acerca del matrimonio: dos esposos que se querían por primera vez a los veintisiete años de casados.

Se divirtió, pues, con este folletito conyugal, y pasó alegremente la semana toda agrupando en torno del inocente epigrama la multitud de ideas adquiridas sin saber cómo y que se asombró de hallar en su cabeza. Esta broma se deshizo ante una observación magistral. Dócil a las advertencias, el autor volvió a caer en la apatía de sus hábitos perezosos. No obstante, aquel ligero principio de ciencia y de humorismo se perfeccionó por sí solo en los campos del pensamiento: cada frase de la obra condenada echó raíces y se fortaleció, quedando como una rama de árbol que, caída en la arena en noche fría de invierno, se encuentra a la siguiente mañana cubierta de esas blancas y caprichosas cristalizaciones dibujadas en ella por la helada nocturna. Así nació este bosquejo, llegando a ser el punto de partida de una multitud de ramificaciones morales. Fué como un pólipo que se engendró a sí mismo. Las sensaciones de su juventud, las observaciones que una potencia oportuna le hizo hacer, encontraron puntos de apoyo en los menores acontecimientos. Es más, aquella

(1) Antigua provincia de Francia que forma hoy el departamento de Dordoña y parte del de Lot y Garona.—(N. del T.)

masa de ideas se armonizó, se animó, casi se personificó y voló por las regiones fantásticas donde el alma gusta de dejar que peregrinen sus locas progeneraturas. A través de las preocupaciones del mundo y de la vida, siempre escuchaba el autor una voz que le hacía las revelaciones más burlescas en el instante en que con más placer examinaba a una mujer hablando, bailando o sonriendo. Lo mismo que Meñistófeles señala con el dedo a Fausto caras siniestras en la espantosa asamblea del Broken, así el autor sentía un demonio que en pleno baile, tocándole familiarmente en el hombro, le decía:

—¿Ves esa sonrisa encantadora? es una sonrisa de odio.

Y el demonio unas veces se pavoneaba como un capitán de las antiguas comedias de Hardy (1), sacudiendo la púrpura de su bordado manto y esforzándose en rejuvenecer los descoloridos oropeles de sus pasadas glorias. Otras veces prorrumpía, a la manera de Rabelais, en prolongada y franca hilaridad, trazando en la pared de una calle una palabra que emparejar podía con el ¡Brindemos!, único oráculo obtenido de la diva botella. A menudo, aquel Trilby literario aparecía sentado sobre montones de libros, y con sus dedos torcidos apuntaba maliciosamente a dos volúmenes amarillentos cuyo título atraía las miradas. Luego, cuando veía que el autor estaba atento, silabeaba con voz chillona como los sonidos de arpa vieja:—¡FISIOLOGÍA DEL MATRIMONIO!

Pero casi siempre aparecía de noche, a la hora de los ensueños. Acariciador como benéfica hada, intentaba domesticar con dulces frases el alma que ya estimaba suya. Tan burlón como hechicero, tan astuto como una mujer, tan cruel como un tigre, su amistad era más terrible que su odio, pues no sabía hacer una caricia sin arañar. Una noche, entre otras, intentó probar el poder de todos sus sortilegios coronándolos con un esfuerzo último. Llegó, se sentó al borde de la cama, y cual doncella enamorada que calla al principio pudorosa, pero cuyos ojos brillan y acaban por revelar su secreto, dijo:

—Este es el prospecto de una escafandra por medio de la cual se puede pasear a pie enjuto sobre el Sena. Este otro volumen—añadió,—es el informe del Instituto sobre un vestido que nos permitirá andar entre llamas sin quemarnos. ¿Y tú no propondrás cosa alguna que pueda preservar al matrimonio de los daños del frío y del calor?

(1) Poeta trágico y célebre dramaturgo francés. Nació en 1560 y murió en 1631.—(N. del T.)

Pues escucha: he aquí el ARTE DE CONSERVAR LAS SUBSTANCIAS ALIMENTICIAS, el ARTE DE IMPEDIR QUE LAS CHIMENEAS DEN HUMO, el ARTE DE HACER BUENOS MORTEROS, el ARTE DE PONERSE LA CORBATA, el ARTE DE TRINCHAR...

Y citó en un minuto un número tan prodigioso de libros, que el autor sufrió una especie de desvanecimiento.

—¡Estas miriadas de libros han sido devoradas—exclamó,—y, sin embargo, no todo el mundo come, no todo el mundo edifica, ni todos usan corbata! Pero ¿quién no se casa, legal o ilegalmente?... A propósito: ¡mira!...

Su mano entonces hizo un movimiento y pareció descubrir en lontananza un océano en el que todos los libros del siglo se agitaban cual las olas. Volúmenes en 18.º, que rebotaban haciendo carambolas; en 8.º, que caían produciendo un sonido grave, se iban al fondo y subían con dificultad por estorbarles el paso los en 12.º y los en 32.º que bullían y se convertían en ligera espuma. Las encrespadas ondas parecían cargadas de periodistas, regentes, cajistas, aprendices, no viéndose más que sus cabezas, las cuales aparecían revueltas con los libros. Millares de voces chillaban a la manera de las de los chiquillos en el baño. Iban y venían en lanchas algunos hombres ocupados en pescar libros, llevándolos a la playa para ofrecérselos a un hombre alto, seco, frío, desdeñoso, vestido de negro: eran los libreros y el público. Con el dedo señaló el demonio un esquite recién empavesado, bogando a toda vela y llevando un anuncio a guisa de pabellón; y luego, prorrumpiendo en carcajada sardónica, leyó con voz penetrante:—FISIOLOGÍA DEL MATRIMONIO.

El autor se enamoró, y el diablo entonces lo dejó tranquilo, pues hubiera tenido que hacer grandes esfuerzos teniendo aquél a una mujer por aliada. Pasaron algunos años sin más tormentos que los del amor, y pudo el autor creerse curado de una enfermedad por otra. Pero una noche, encontrándose en un salón de París, uno de los hombres que formaban parte del círculo descrito por varias personas alrededor de la chimenea, tomó la palabra y contó con acento sepulcral la anécdota siguiente:

—Hallándome yo en Gante presencié una escena muy chocante. Una señora, viuda desde hacía diez años, yacía en su lecho atacada de enfermedad mortal. Esperaban su último suspiro tres herederos colaterales, que no la dejaban un momento, temerosos de que hiciera testamento a favor del Beaterio. La enferma callaba; parecía postrada, y la muerte se iba dibujando poco a poco en su rostro rígido y lívido. Imaginaos en triste noche de invierno a los

tres parientes silenciosamente sentados junto al lecho. Allí cabeceaba también una enfermera anciana. Y el médico, viendo con ansiedad que la dolencia llegaba a su último período, tenía el sombrero en la mano, y decía con el gesto: «no tengo ya nada que hacer aquí». Un silencio solemne dejaba oír el rumor sordo de la helada lluvia que azotaba los vidrios. Temiendo que la luz mortificara la vista de la paciente, el más joven de los herederos había puesto una pantalla delante de la vela, que estaba sobre la mesilla de noche, de suerte que el círculo luminoso apenas llegaba a la almohada fúnebre, encima de la cual se destacaba la amarillenta cara de la moribunda como un cristo mal dorado sobre una cruz de plata empañada. Los reflejos ondulantes despedidos por las llamas azules de los leños que ardían en el hogar eran los resplandores únicos que alumbraban la cámara mortuoria, la habitación sombría en que se iba a terminar un drama. De repente rueda un tizón desde el hogar al suelo, como para presagiar el fin. Al ruido, la moribunda se incorpora bruscamente, abre unos ojos brillantes como los de un gato, y los presentes la contemplan atónitos. Ella mira el tizón, lo sigue con su mirada, y antes que nadie piense en oponerse al movimiento inesperado, producto de una especie de delirio, salta del lecho, coge las tenazas y vuelve a colocar el leño en la chimenea. Los parientes, la enfermera y el médico toman a la paciente en brazos y la acuestan. A los pocos minutos expiraba, y aun después de muerta parecía fijar los ojos en la tabla del pavimento en que el leño había caído.

Apenas la condesa Vas-Ostroem había dejado de existir, cuando los tres coherederos se miraron recelosos, y no teniendo ya que pensar en la tía difunta, se mostraron el punto misterioso donde se detuvo el leño. Como eran belgas, se entendieron tan pronto como se miraron, conviniendo en voz baja que ninguno de ellos saldría de la habitación. Un lacayo fué a buscar a un obrero. Aquellas tres almas colaterales palpitaron al unísono cuando, reunidas en torno del obrero, dió éste el primer golpe de piqueta. La tabla quedó hecha pedazos. «—¡Mi tía acaba de hacer un gesto! dijo el más joven de los herederos.—No, ha sido un efecto de las ondulaciones de la luz...» contestó el de más edad que observaba a la vez el tesoro imaginado y la cara de la muerta. Los afligidos parientes encontraron, exactamente en el sitio donde había caído el tizón, una masa artísticamente envuelta en una capa de yeso. «—¡Rompedla!» dijo el más viejo de los colatera-

les. Y al punto la herramienta del joven aprendiz sacó una cabeza humana. Yo no sé qué vestigio les hizo reconocer al conde, a quien todo el pueblo tenía por muerto en Java y cuya pérdida había sido tan llorada por su esposa.

El narrador de esta vieja historia, hombre alto y flaco, tenía una mirada salvaje, pelo negro, y el autor creyó notar cierta vaga semejanza entre él y aquel demonio que antaño tanto le había perseguido; pero éste no tenía los pies ganchudos. La palabra ADULTERIO resonó de repente en los oídos del autor; y aquella especie de campana despertó en su memoria las caras más lúgubres del cortejo que, en otros tiempos, desfilaba a la evocación de tales sílabas.

Desde aquella noche, las persecuciones fantasmagóricas de una obra que no existía volvieron a empezar, y en ninguna época de su vida fué asaltado el autor por ideas tan peregrinas sobre el tema fatal de este libro. Pero resistió valientemente el espíritu malo, aunque este último empalmaba los menores sucesos de la vida a la obra desconocida y que, a semejanza de un empleado de aduanas, ponía en todo su sello.

Algunos días después hallábase el autor en compañía de dos damas. La primera había sido una de las más animadas y ocurrentes de la corte de Napoleón. Llegada en otro tiempo a muy alta posición social, había caído con la Restauración y se había hecho devota. La segunda, joven y bella, gozaba en aquel momento en París de los prestigios de una mujer de moda. Eran amigas, porque teniendo la una cuarenta años y la otra veintidós, rara vez se encontraban en el mismo terreno sus vanidades respectivas. El autor no le importaba nada a una de ellas, y como la otra lo había adivinado, continuaron en su presencia una conversación bastante franca acerca de su oficio de mujer.

—¿Habéis reparado, amiga mía, que las mujeres gustan generalmente de los tontos?

—¿Qué estáis diciendo, duquesa? Y ¿cómo concertáis esa observación con la aversión que tienen todas a sus maridos?

—¡Pero esto es una tiranía!—dijo el autor para sí.—He aquí el diablo con faldas...

—Pues no es chanza, querida—repuso la duquesa;—hay para temblar por una misma si contemplamos con frialdad a las personas que hemos conocido en otro tiempo. El ingenio tiene siempre un brillo que nos deslumbra, el hombre que tiene mucho puede ser que nos asuste, y si es altivo, no será celoso, de manera que no puede agrada-

darnos. Quizá todo consista en que preferimos elevar al hombre hasta nosotras, más bien que elevarnos hasta él... El talento puede hacernos compartir sus triunfos, pero el necio nos da goces; más nos gusta escuchar: «¡He ahí un buen mozo!» que ver a nuestro amante elegido para el Instituto.

—Basta, duquesa, me habéis espantado.

La muy coqueta se puso a hacer los retratos de los amantes que encantaban a todas sus conocidas, y entre ellos no encontró ni un solo hombre de ingenio. Y agregó:

—Pero sus maridos valen más...

—¡Si os hablo de sus maridos!—respondió con gravedad la duquesa.

—Según eso—dijo interviniendo el autor,—¿es inevitable en Francia el infortunio del marido?

—Sí—respondió la duquesa riéndose.—Y el encarnizamiento de ciertas mujeres contra las que tienen la feliz desgracia de sentir una pasión, prueba hasta qué punto les pesa la castidad. Sin su miedo al diablo, alguna sería una Lais (1), otras deben su virtud a lo seco de su corazón, no pocas a la manera boba que tuvo de conducirse su primer amante, muchas a...

El autor paró el torrente de estas revelaciones, refiriendo a las dos damas el proyecto de libro que le atormentaba, que le perseguía; ambas sonrieron, ofreciéndole muchos consejos cuando llegara el caso. La más joven dió alegremente uno de los primeros capítulos, diciendo que ella se encargaría de probar matemáticamente que las mujeres enteramente virtuosas eran seres racionales.

De vuelta en su casa, el autor le dijo a su demonio:

—Estoy pronto... ven... ¡firmemos el pacto!

El demonio no volvió.

Si el autor escribe aquí la biografía de su libro, no es por ninguna inspiración de fatuidad. Refiere hechos que podrán servir para la historia del pensamiento humano, y que explicarán sin duda la obra misma. Puede ser que interese a los anatómicos del pensamiento el saber que el alma es hembra. Así, mientras el autor se privaba de pensar en el libro que debía escribir, el libro se mostraba escrito en todas partes. Recogía una página en la cama de una enferma y encontraba otra en el gabinete de una dama. Las miradas de las mujeres cuando giraban en vals

(1) Cortesana célebre por su talento y hermosura. Nació en Siracusa y fué llevada por los atenienses a Corinto, donde a su muerte se le erigió un maguffico mausoleo.—(N. del T.)

vertiginoso le arrojaban pensamientos; un ademán, un gesto, una palabra, fecundaban su cerebro desdeñoso. El día en que se dijo:—¡Esta obra que me obsede se hará!... ese día, como los tres coherederos de Gante, encontró un esqueleto allí donde pensaba hallar un tesoro.

Una figura más grata sucedió al demonio tentador; sus modales eran atractivos, su cara predisponía favorablemente, sus observaciones venían desarmadas de las puntas aguzadas de la crítica. Prodigaba más frases que ideas y parecía temer el ruido. Era tal vez el genio familiar de los honorables diputados que se sientan en el centro de la Cámara.

«¿No vale más—decía—dejar las cosas como están? ¿Tan mal van? Hay que creer en el matrimonio como en la inmortalidad del alma, y ciertamente no escribís un libro para alabar la conyugal ventura. Por otra parte, sacaréis vuestras conclusiones en vista de un millar de familias parisienses, que no son más que excepciones. Encontraréis quizá maridos dispuestos a abandonaros sus mujeres, pero ningún hijo os entregará a su madre... Algunas personas, impresionadas por las opiniones que expongáis, os crearán hombre de malas costumbres. En fin, para curar las llagas sociales, es necesario ser rey, o a lo menos primer cónsul.»

Aunque aparecía bajo la forma que más podía agradar al autor, la Razón no fué escuchada, pues la Locura agitaba, allá a lo lejos, el cetro de caña de Panurgo (1), y el autor quería agarrarlo; pero cuando lo tocó pudo ver que pesaba como la maza de Hércules. Por otra parte, el cura de Meudón la había guarnecido de manera que no podía tocarla un joven más cuidadoso de sus guantes blancos que de hacer un buen libro.

—¿Está concluída nuestra obra?—interrogó la más joven de las dos cómplices femeninas del autor.

—¡Ah, señora! ¿me recompensará usted de todos los odios que pueda levantar contra mí?

Ella hizo un gesto, y el autor entonces respondió a su indecisión con una expresión de indiferencia.

—¡Cómo! ¿vacila usted?... Publíquela sin miedo. En el día apreciamos los libros como los trajes: por la hechura más que por la tela.

Aunque el autor se presenta como humilde secretario de

(1) Uno de los personajes principales de la famosa obra «Gargantúa y su hijo Pantagruel», de Rabelais, obra en la que éste se retrató y consigo a varios personajes contemporáneos.—(N. del T.)

dos damas, lo cierto es que coordinando sus observaciones ha tenido no poca tarea. Puede ser que sólo faltara una en lo que respecta al matrimonio: la de recoger las cosas que todo el mundo piensa y nadie dice; pero, entregarse a estudio semejante con el espíritu de todo el mundo, ¿no es exponerse a que no guste a nadie? Con todo, el eclecticismo de este libro lo salvará tal vez. Al mismo tiempo que satiriza, el autor ha querido popularizar algunas ideas consoladoras. Casi siempre ha intentado despertar en el alma humana resortes desconocidos. Aun defendiendo los intereses más materiales, juzgándolos o condenándolos, habrá tal vez hecho advertir más de un goce intelectual. Pero el autor no tiene la vana pretensión de haber acertado siempre a decir chistes de buen gusto: para formularlos, ha tenido en cuenta la diversidad de ingenios, esperando recibir tantas censuras como aprobaciones. La materia es tan grave, que ha procurado constantemente reducirla a anécdotas, ya que las anécdotas son hoy pasaportes de toda moral y antinarcótico de todos los libros. En éste, donde todo es análisis y observación, el cansancio en el lector y el yo en el autor no podrán menos de ser inevitables. Es una de las mayores desgracias que pueden ocurrir a una obra, y al autor no se le ha ocultado. Por eso ha dispuesto los rudimentos de este largo ESTUDIO con altos y descansos para amenguar la fatiga del lector. Este sistema ha sido consagrado por un escritor que hacía un trabajo sobre el GUSTO muy semejante a este sobre el MATRIMONIO, y el autor del último se permite repetir una frase del primero por estar en un todo conforme con su pensamiento. Esto será una especie de homenaje tributado a su precursor, cuya muerte siguió tan de cerca al éxito:

«Cuando escribo y hablo de mí en singular, esto supone «confabulación con el lector, y entonces éste puede examinar, discutir, dudar y hasta reirse; pero cuando me armo del temible NOSOTROS, hablo ex cátedra y es preciso someterse.»—(BRILLAT-SAVARIN, prefacio de la *Fisiología del Gusto*).

5 diciembre 1829.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

“ALFONSO REYES”

1625 MONTERREY, MEXICO